

de la cultura greco-romana, que revisió en la Edad Media la forma de Cristiandad y que se quebrantó sin disgregarse con la reforma religiosa y la formación de las nacionalidades, desde el renacimiento hasta la constitución de la unidad de Italia y de Alemania, tiende visiblemente á reconstruirse en nuestros días mediante el internacionalismo. De todos los elementos ideales constituyentes de la civilización que ahora suele llamarse occidental, el que más ha resistido á las tendencias particularistas ha sido, sin duda, la ciencia, la cual ha conservado siempre el carácter internacional, mientras la religión, el arte, la filosofía, las lenguas, las instituciones de derecho y aun la moral se diferenciaban en las naciones modernas, siquiera mantuviesen caracteres comunes expresivos de su primitivo unitario origen.

Y es de notar que en el actual movimiento internacionalista los elementos morales y el derecho tienden más intensamente á la unidad que el arte, la lengua y la religión; por donde se vislumbra que la futura unificación de los pueblos cultos se establecerá sobre la ciencia, la moral, y ciertos principios ideales del derecho, quedando relegados al particularismo vivaz el arte, la lengua, la religión, las costumbres y el derecho formal.

Los intereses económicos anudan ciertamente fuertes lazos internacionales entre los pueblos de la civilización occidental; mas es de notar que el comercio, expresión principal de estos intereses, no basta para crear la internacionalidad, como no la ha establecido con los pueblos orientales y los bárbaros y salvajes; en tanto que entre las naciones de educación greco-romana, el comercio, la banca, las relaciones económicas de todo género, además del mero cambio de mercancías, implican un comercio de ideas y una reciprocidad de sentimientos benévolos causa de un poderoso sistema de conexiones que á una con los congresos y conferencias y exposiciones internacionales de ciencias, de artes, de administración, de higiene, de mo-

ral y de derecho, y con las ligas y federaciones obreras, socialistas, humanitarias y de cultura moral, colaboran en la construcción de los múltiples internacionalismos, sobre los que se asentará algún día el internacionalismo integral.

Porque la dificultad del internacionalismo político y de la paz perpetua y universal, que sería su consecuencia necesaria, no estriba tanto en la carencia de una ulterior sanción internacional, como en el defecto de una potente y avasalladora opinión común preparada de antemano é ilustrada por el debate público de los opuestos intereses y tendencias divergentes; y por esto las componendas artificiosas de los diplomáticos son siempre estériles, mientras no respondan de algún modo á la voluntad colectiva de las naciones interesadas. La formación de esta opinión moral internacional, futura reina y señora del mundo, de que son preludio las existentes instituciones internacionales de cultura, de derecho y de intereses materiales, es la obra de la hora presente, se está realizando á nuestra vista y de ella son expresión las corrientes de simpatía que mueven y agitan á los pueblos más distantes en casos de catástrofes como la de Messina, inundaciones como la de Murcia, injusticias como la del proceso Dreyfus y atrocidades como las de Muley-Hafid. De ello constituye el más alto y memorable ejemplo, por la extensión de la protesta, la intensidad de la agitación y la calidad de las personas que han impulsado y dirigido el movimiento, el caso de Ferrer que en este libro se estudia.

Para nosotros, españoles, ofrece este extraordinario acontecimiento muchos motivos de atención y de estudio. Primero, porque siendo España una nación europea que un día tuvo en sus manos la antorcha de la civilización occidental, no puede sernos indiferente nada de lo que conmueve y determina la opinión moral de los pueblos que constituyen el grupo de civilización de que formamos parte. Y por esto debemos agradecimiento á todos los que,